

**Martes VIII del TO**  
**Ciclo B**



28 de mayo de 2024

1Pe 1,10-16

Sal 97

Mc 10, 28-31

P. Eduardo Suanzes, msp

Continuamos hoy con el relato de ayer<sup>1</sup> (es importante recordar toda la secuencia) en que Jesús a causa de aquel hombre rico que se acercó corriendo, avisaba a los discípulos de que «iba a ser muy dificultoso entrar en el Reino de Dios a los que tuvieran el dinero»; este aviso provocó una reacción de asombro y desconcierto en ellos que quedaron *«enormemente impresionados y se decían unos a otros: entonces ¿quién puede subsistir?»*

Vemos ahora a Pedro que se hace de nuevo representante y portavoz del grupo (como en aquella vez que conminó a Jesús por el anuncio de la pasión), aquí para aducir sus méritos e, implícitamente, para reivindicar sus derechos. No se conforma con el principio enunciado por Jesús; quiere saber lo que les va a tocar a ellos y espera que no sea la miseria, según los temores expresados en la pregunta anterior de unos a otros (*«Entonces, ¿quién puede subsistir?»*).

Atribuye Pedro al grupo dos méritos: haberlo dejado todo, que responde a la verdad<sup>2</sup> y haber seguido siempre a Jesús, que, como se ha ido viendo a lo largo de los episodios precedentes, no es del todo exacto, no responde fielmente a la verdad, porque los discípulos acompañan a Jesús materialmente, sí, pero sus actitudes estaban por aquel entonces todavía muy lejos de las de él<sup>3</sup>, como venimos viendo desde la semana pasada. Afirma Pedro que los integrantes del grupo (dice *«nosotros...»*) han cumplido las condiciones que Jesús ha exigido al rico, es decir, las condiciones para entrar en el Reino. La afirmación no deja de ser un desafío a Jesús, quien acaba de decir que la subsistencia no será problema *«porque todo es posible para Dios»*. Pedro espera una aclaración, un compromiso concreto de Jesús respecto al porvenir del grupo.

Jesús responde enfáticamente con ese *«les aseguro»*, es decir, que lo que va a decir será absolutamente cierto; y no se refiere en su respuesta al *«nosotros»* de Pedro con un *«vosotros o ustedes»*, sino que enuncia un principio general válido para cualquier seguidor (*«No hay ninguno, o nadie que, etc.»*). No decide en qué situación se encuentran los discípulos; ellos verán si realmente han cumplido esas condiciones y si lo han seguido; si no experimentan la ayuda de Dios, ellos deberán preguntarse por qué. Ya antes se imaginaban, habían creído, estar identificados con Jesús en el episodio en que trataron de impedir a un desconocido que expulsara demonios, porque no les seguía ¡a ellos!<sup>4</sup>, cuando en realidad no aceptaban su programa. Jesús no les reprocha su infidelidad, les expone el principio para que ellos mismos saquen las consecuencias.

---

<sup>1</sup> Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. II.* Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

<sup>2</sup> Cfr. Mc 1,18.20

<sup>3</sup> Cfr. Mc 8,32; 9,10.32.34; 10,13

<sup>4</sup> Cfr. Mc 9,38

La declaración de Jesús se enuncia en forma negativa («*No hay ninguno que haya dejado...*»), de modo que no admite excepciones.

En la primera enumeración que hace Jesús, los miembros están unidos por la disyuntiva «o», que indica diversas posibilidades o alternativas. No hay que dejar todo lo que la enumeración contiene para obtener el premio de cien veces más; pero hay que abandonar cualquier bien material o romper cualquier vínculo familiar que sea obstáculo para responder a la invitación de Jesús: cualquier apego que limite la libertad, impida o dificulte la adhesión a él y la dedicación a proclamar la buena noticia. Es lo opuesto a la negativa del rico.

Este abandono es voluntario, no forzado; es una exigencia personal de fidelidad al llamamiento de Jesús y al deseo de asumir su proyecto de vida. Y la renuncia se hace «*por causa mía y por causa del Evangelio*», de la buena noticia. Su motivo es, pues, en primer lugar, la persona de Jesús, la adhesión a él, el modelo de Hombre; así se empieza el camino de la plenitud humana. En segundo lugar, la propagación del mensaje: la renuncia deja libre al seguidor para practicarlo y proclamarlo. ***No son dos motivos independientes: la adhesión a Jesús es inseparable del compromiso con su misión.*** Se consideran así los dos aspectos, ser y actuar, incluidos en el verbo «seguir», que significa cercanía y camino: ***recorrer el mismo camino, es decir, tener una actividad como la de Jesús, es lo que hace posible estar cerca de él y ser como él. No se puede ser sin actuar; pero es el actuar lo que va determinando el ser.***

No hay que restringir el segundo motivo de la renuncia («*por causa de la buena noticia*») La difusión de la buena noticia no se hace sólo por la predicación, sino también por la forma de vida y la presencia en la sociedad. La renuncia se ve sobradamente compensada por la promesa del céntuplo que hace Jesús. Jesús afirma que el que deja una familia encuentra cien. Porque ya sabemos que para Jesús, hermanos, hermanas y madre son los seguidores que realizan la voluntad del Padre<sup>5</sup>. Además, esos seguidores heredarán, por supuesto, la vida definitiva, superarán la muerte, pero después de una vida plena en este mundo.

Para finalizar Jesús afirma que debemos «ser todos últimos para ser todos primeros». Es el resumen de todo lo anterior que hemos venido tratando en estos días. Jesús pretender formar una comunidad de últimos, es decir, sin rasgos de superioridad respecto a los demás. No es una exigencia ascética, sino una condición necesaria para instaurar las nuevas relaciones humanas en el Reino. El hacerse último no es para quedarse en ese lugar, sino para, mediante el amor a todos, llegar a ser primero, es decir, estar cerca de Jesús, identificarse con los sentimientos de su corazón, poniéndole a él en el blanco de todas nuestras aspiraciones. Y ese lugar en el interior de su corazón está ofrecido a todos: todos últimos para ser todos primeros.

---

<sup>5</sup> Cfr. Mc 3,34